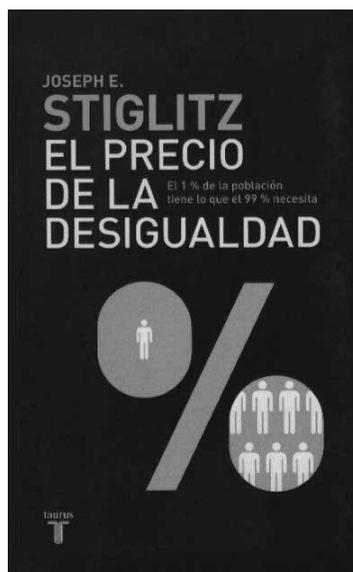


Comentario a Joseph Stiglitz: *El precio de la desigualdad*

Barcelona: Taurus, 2012

*Por Federico Abiuso
y María Celeste Viedma*



El precio de la desigualdad, publicado por Joseph Stiglitz en el año 2012, se propone como objetivo dilucidar por qué el funcionamiento del sistema económico mundial redundaría en una mayor desigualdad en lugar de un mayor bienestar para el conjunto. El autor, Premio Nobel de Economía en 2001, es mundialmente conocido por haber sido asesor económico del gobierno de Bill Clinton y vicepresidente senior del Banco Mundial, además de su trayectoria académica a lo largo de varias universidades estadounidenses y europeas. Los posicionamientos de Stiglitz con relación a las políticas impulsadas por los organismos de crédito internacional han sido calificados por personalidades del mundo académico y político de nuestro país (y del mundo) como críticas y desafiantes de la ortodoxia económica neoliberal. El mismo subtítulo de la obra que analizamos da cuenta de ello: "El 1 % de la población tiene lo que el 99 % necesita". El original es incluso más sugerente: "How today's divided society

endangers our future". Se trata de un ensayo que consta de diez capítulos cuyos principales nodos argumentales reseñaremos a continuación. Finalmente, analizaremos críticamente algunas de sus conceptualizaciones.

En el Prefacio se alude a los años 1848 y 1968 como momentos de la historia en los que "por todo el mundo la gente se rebela" y se afirma que 2011 podría ser otro de esos momentos. Esto es debido, según el autor, a varios acontecimientos: el derrocamiento de dictadores consolidados en Egipto y Libia, las movilizaciones y protestas provenientes de países tales como España, Grecia, Estados Unidos y Reino Unido. En el libro se expresa que entre los temas comunes a dichas protestas, el más importante es el siguiente: el consenso generalizado de que los sistemas económico y político han fracasado y son injustos. La complicidad entre el poder político y el económico es el eje explicativo central de la crisis económica mundial. Una de las tesis centrales del libro es que la política condi-

cionó el mercado, y lo condicionó de forma tal que favoreció a los de arriba a expensas de las clases media y baja. De ahí que la propuesta de Stiglitz sea esclarecer el nexo entre economía y política. Para acercarse a ello va a apoyarse sobre algunas de las siguientes premisas: que los mercados no están funcionando como se suponía que tenían que hacerlo, que el sistema político no había corregido los fallos del mercado (siendo uno de ellos, por ejemplo, el desempleo), que conjuntamente ambos sistemas son fundamentalmente injustos, que se asiste a un empeoramiento en las condiciones de vida, a cada vez mayores niveles de desigualdad, que hay un deterioro de la confianza tanto en el sistema económico como en la democracia, que existen mayores niveles de desempleo y un elemento que el autor considera de suma importancia, asistimos a la degradación de los valores hasta el extremo (el autor hace referencia a un estado de *penuria moral*).

En los primeros capítulos del libro, Stiglitz presenta el análisis de una serie de indicadores que constatan que la brecha entre los sectores más adinerados y los más pobres se ensancha conforme crece la economía. Pobreza, disminución del nivel de vida del grueso de la población, flexibilidad del mercado laboral constituyen sus principales preocupaciones. Se presentan fuertes cuestionamientos a los postulados de que el mercado autorregulado permitiría la obtención de bonanza para toda la población. Aparece aquí la idea que estará presente en todo el libro de que los gobiernos se han dedicado hasta aquí a exacerbar las imperfecciones del mercado en lugar de corregirlas a partir de lo que denomina “búsqueda de rentas” o el proceso por el cual el poder político transfiere sistemáticamente recursos hacia los sectores empresarios más ricos, quienes los reciben para Stiglitz sin que medie esfuerzo alguno de su parte. En su búsqueda por el origen de la desigualdad, el

autor encuentra un responsable primordial: el estado, que conduce a los mercados en forma errónea. Las alusiones a las “fuerzas del mercado” como “fuerzas de la naturaleza”, “abstractas” e inmodificables son corrientes. Esto resultaría esperanzador para el autor, ya que significa que la desigualdad no es inevitable y que modificando las políticas que los gobiernos implementan podría revertirse. La desigualdad, por otra parte, conduce hacia economías menos eficientes y menos productivas, lo que redundaría en el debilitamiento de la democracia y a la desilusión política. Stiglitz entiende que este debilitamiento de la democracia representativa conduce también al debilitamiento de Estados Unidos en su papel de liderazgo mundial, por ser este país el principal exponente de la democracia, desde su perspectiva.

Hacia la segunda parte del libro, el autor analiza el papel de los medios de comunicación masiva en la influencia que estos ejercen sobre la opinión pública, en un papel comparado con la figura orwelliana de un Gran Hermano que todo lo ve y todo lo controla. El capítulo siguiente se inscribe en la misma línea, intentando descubrir las presiones de los grupos empresariales para que el funcionamiento de la justicia resulte favorable a sus intereses. Analiza legislación sobre quiebras, accidentes, propiedad intelectual, créditos y algunas otras regulaciones de la actividad empresarial. El cuestionamiento a la justicia no se traduce en el razonamiento de Stiglitz en una puesta en cuestión del sistema jurídico en su conjunto como expresión de un orden social determinado, sino que sería la desigualdad el fenómeno que “erosiona el imperio de la ley”, degenerando su aplicación. Hacia los últimos capítulos, se vuelve a la temática de la relación Estado–mercados al analizar la cuestión presupuestaria o la administración de los recursos estatales como expresión de desigualdad en la medida en que

elimina la asistencia a los más pobres mientras que subsidia a las empresas. El último blanco de la crítica lo ocupan los organismos de crédito internacional por la promoción de políticas monetarias que históricamente han promovido cuyo efecto fundamental es que contribuyen a profundizar la desigualdad entre ricos y pobres.

A modo de conclusión, nos interesa señalar que, si bien Stiglitz se presenta como fuertemente cuestionador de la ortodoxia económica, el modo en que conceptualiza los términos fundamentales de su análisis no presenta grandes modificaciones en este sentido. El mercado continúa siendo un sistema que funciona como fuerza natural (aunque lo haga ineficientemente), la desigualdad se verifica en la brecha existente entre ricos y pobres y se mide conforme una serie de indicadores macro (aunque no se trate sólo del PBI y se incorporen más indicadores). ¿Qué es la sociedad para Joseph Stiglitz? La respuesta no se encontrará formulada en el libro, pero puede deducirse de sus principales tesis. Instituciones sociales como la justicia y las leyes, la democracia y “los valores morales” se conciben como una suerte de víctimas de la voracidad del mercado, degenerados de lo que sustancialmente *deben ser y fueron en su origen*. El Estado y la política se presentan también como instituciones ocupadas por un funcionariado que no puede imponerse sobre el mercado, ya sea por incapacidad o bien

porque así resulta conveniente. Los actores sociales conceptualizados como clases altas, medias y bajas serían individuos racionales que toman decisiones que les resulten benéficas o bien que hacen lo posible con los recursos que tienen. No puede decirse que el autor cuestione la noción del *homo economicus* liberal, aunque se problematice el hecho de que no es cierto que se parta de una situación de igualdad de oportunidades. Finalmente, nos interrogamos ¿Dónde está la desigualdad? ¿Confinada en los guetos? ¿Encerrada en las cárceles? Creemos que en el libro se presenta el tema pero solo se lo analiza desde los actores que protestan (los “indignados” en España y el movimiento Occupy Wall Street en Estados Unidos, entre otros); en este sentido, nos resulta fundamental contraponer el modelo de análisis de Loic Wacquant en *Las cárceles de la miseria* al de Stiglitz, pues el primero analiza los factores económicos que producen desigualdad así como el proceso por el cual cada vez son más encarcelados los pobres, la cara más visible de la desigualdad. De todos modos, sin tomar en consideración algunos de estos déficits en el análisis de Stiglitz, creemos que su intento de analizar la desigualdad como producto del sistema económico y político es una interesante apuesta teórica, y sobre todo si toca la piedra angular del sistema capitalista, elemento que Stiglitz excluye; más que una revolución, para él se trataría de una evolución.